

LAS HUMANIDADES EN EL SIGLO XXI

Carlos García-Bedoya M.

Nuestra Facultad de Letras y Ciencias Humanas es la más antigua de América, pero al mismo tiempo está en sintonía plena con la modernidad. Quizá varios de ustedes han visto el spot publicitario en el que una locutora creada mediante la inteligencia artificial publicita en lengua quechua algunos de los programas de nuestra Facultad: una lengua muy antigua expresada mediante una tecnología de punta. Esta es solo una expresión del auge creciente de las humanidades digitales. La inteligencia artificial permitió también dar vida a nuestro gran escritor José María Arguedas, destacando las bondades de nuestros programas académicos. Arguedas es uno más de los muchos escritores e intelectuales que prestigian al Perú y que se formaron en las aulas sanmarquinas, y más precisamente en las de la Facultad de Letras. Innovación y tradición son pues en nuestra facultad dos caras de la misma moneda.

El que una Facultad antigua y de larga prosapia pueda estar a tono con la modernidad no es fruto de una casualidad o del mero esfuerzo de algunos profesores y estudiantes. La formación humanística es justamente la que proporciona a nuestros alumnos las sólidas bases para que puedan adaptarse al cambiante mundo de nuestra problemática contemporaneidad. En efecto, como todos sabemos, los conocimientos y las tecnologías se desarrollan hoy a un ritmo vertiginoso. Ninguna carrera universitaria, por excelente que sea, puede marchar a esa misma velocidad. Si se intentara impartir una enseñanza obsesionada por estar al día con la última innovación, el resultado sería un ineludible fracaso. Para poder insertarse en una sociedad signada por la dinámica del cambio, se requiere partir de una sólida base formativa. De esa manera, nuestros graduados, nuestros profesionales, estarán en condiciones de reubicarse constantemente en este mundo en permanente transformación. Si solo aprendieran algunas tecnologías, nuestros egresados quedarían desubicados pues, más temprano que tarde, las tecnologías que aprendieron quedarán obsoletas y, si no cuentan con la necesaria formación integral, quedarán irremediablemente relegados, en el mundo académico y también en el mundo laboral.

Por ello, desde tiempos muy antiguos, las humanidades, lo que llamamos también las letras y las ciencias humanas, han sido la base de todo proceso serio de formación. Desde la *Paideia* griega, el modelo educativo más sólido de la Antigüedad, de donde procede el término pedagogía (más precisamente paidagogía, que significa literalmente conducir, guiar a los niños). La infancia, y luego la juventud, son etapas clave en el proceso formativo, pero hoy sabemos bien que se trata de un proceso que se prolonga a lo largo de toda la vida. Un buen profesional, un buen científico, un buen académico, tienen que estar en capacidad de aprender a lo largo de toda su existencia. Un profesor de calidad es ante todo un buen estudiante, debe ser el que más aprende en las asignaturas que imparte. Aludía a

la *Paideia* griega, pero también cabe recordar a la escolástica medieval, y en especial a los *studia humanitatis*, los estudios humanistas del renacimiento.

¿Por qué nuestra Facultad es la más antigua de América? Es muy sabido que nuestra Universidad de San Marcos es la primera fundada en el llamado Nuevo Mundo, y es también muy conocido que su objetivo inicial era ante todo formar sacerdotes, para hacerse cargo de la evangelización de las poblaciones nativas. Pero antes de iniciar su formación en teología, ellos debían adquirir una base intelectual previa, familiarizándose con las letras, las humanidades, que entonces se denominaban artes. Por eso, las cátedras de artes, que corresponden a nuestra actual Facultad, fueron las primeras que se dictaron, desde 1553, en la recién inaugurada universidad. No me he equivocado de fecha: la universidad se fundó oficialmente, por cierto, en 1551, pero inició actividades recién el 2 de enero de 1553. Las cátedras de humanidades (artes en la terminología de la época) fueron pues las primeras en impartirse y son desde entonces la base fundacional de la formación universitaria.

Tradición y modernidad: es esa poderosa conjunción la clave que sigue posibilitando que nuestra universidad, y en particular nuestra Facultad, se mantengan a la vanguardia de la educación pública en el Perú, a pesar del abandono del estado, de la ceguera (hablar de mera miopía sería demasiado generoso) que aqueja a los supuestos grupos dirigentes del país, y de las múltiples circunstancias desfavorables, tanto externas como internas. Y educación pública quiere decir equidad y responsabilidad social. Brindar a los jóvenes de los más diversos estratos sociales la oportunidad de acceder a una educación de calidad constituye el más poderoso mecanismo democratizador, la garantía de una mayor igualdad, en una sociedad que sigue signada por odiosas diferencias y desencuentros. Las bases humanistas de la formación que impartimos son justamente el pilar que favorece el logro de estos nobles objetivos, al servicio de la justicia social y las mayorías nacionales. La calidad

académica es nuestra retribución al pueblo, a la sociedad peruana, que financian nuestras actividades. Ellos financian sus estudios, estimados alumnos, ellos financian nuestra dedicación a la enseñanza y la investigación, apreciados colegas. Ellos retribuyen su dedicación laboral, estimados trabajadores. Estudiantes, trabajadores y profesores debemos ser responsables ante la sociedad peruana, y por cierto también ante nuestras familias y nosotros mismos.

La primera universidad pública del país, y en especial su Facultad de Letras y Ciencias Humanas, merecen sin duda una asignación presupuestal mayor a la que reciben hoy. Al país también le hace falta que esta universidad cuente con un presupuesto adecuado, que pueda estar al nivel, no digamos de las universidades del primer mundo, pero sí al menos de las universidades públicas de América Latina, que lideran sus respectivos sistemas educativos, como ocurre por ejemplo con la UNAM o la Universidad Nacional de Colombia, para mencionar apenas dos casos. Un presupuesto mayor nos permitiría acoger en nuestras aulas a una crecida cantidad de estudiantes, mejorar la formación de nuestros profesionales y multiplicar nuestras investigaciones. En lugar de destinar los ingentes fondos de, por ejemplo, Beca 18, a financiar estudios en universidades privadas de dudosa calidad y elevadas tarifas, la inversión en la universidad pública garantizaría un rendimiento mayor, incluso desde la perspectiva meramente utilitaria-economicista que tanto inquieta a nuestra ignorante “clase política”. Esa misma ignorancia explica que incluso las entidades supuestamente dedicadas a fomentar la investigación, como el CONCYTEC, apuesten por investigaciones de rendimiento práctico pretendidamente más inmediato, desde una perspectiva de chato utilitarismo, o quizá movidos por propósitos *non sanctos*. En un país tan rezagado a nivel internacional en la producción de conocimientos, es un sueño iluso creer que se logrará fomentar una investigación de aplicación práctica pronta, si primero no se fomenta con energía la investigación básica que, como su

nombre lo indica, es la que garantizará los rendimientos futuros en el campo de las ciencias aplicadas y la tecnología. Y la investigación básica incluye como uno de sus campos prioritarios las humanidades, las ciencias humanas, pues además de su importancia intrínseca como disciplinas, es fundamental comprender que el conocimiento se desarrolla de manera integral, universal (de allí la raíz latina *universitas*). Es de extrema ingenuidad creer que ciertas áreas de las ciencias, las ciencias de la salud o las ciencias naturales, por ejemplo, pueden desarrollarse, si se deja en el abandono a disciplinas esenciales como las ciencias humanas: el desarrollo de la ciencia, del conocimiento, funciona como un conjunto interrelacionado, como un todo orgánico. Si una de sus partes, si una de las patas de la ciencia en el Perú se atrofia, esta quedará coja y avanzará con mucha dificultad, o más bien quedará inevitablemente rezagada, condenándonos a prolongar el ciclo de atraso, dependencia y pobreza que nos signa desde hace tanto tiempo. La educación de calidad y la producción de conocimientos son inversiones de enorme rendimiento para una sociedad, pero son inversiones a largo plazo, por eso los políticos, nuestros aventureros del tiempo corto, no entienden su lógica, y solo las ven como un botín a disposición del más avezado. Ellas son, empero, determinantes para el futuro del Perú, y es nuestra tarea como universitarios luchar por esos objetivos, aun sabiendo que tenemos en contra la mezquindad y la ignorancia de las élites y de los dirigentes políticos.

La universidad en general, y la pública en especial, por su naturaleza intrínseca, debe orientarse a la búsqueda del bien común. Los valores básicos que lo sostienen han sido elaborados históricamente, y siguen siendo cuestionados, debatidos y reformulados, por las humanidades. Estos valores son, entre otros, la libertad, la justicia, la igualdad, la solidaridad. Ellos son antagónicos al desenfrenado egoísmo del todo vale que parece imperar en estos complicados tiempos, en especial en nuestro país. Las humanidades son por cierto decisivas para la

forja de ciudadanos críticos y pensantes, responsables ante su sociedad y su país. La formación humanística nos brinda además una certera brújula para orientarnos en el confuso mundo moderno. Tiene como uno de sus pilares el ejercicio del pensamiento crítico, que se nutre sin duda de la lectura, del debate cuestionador y del intercambio dialógico de puntos de vista. La lectura atenta, perspicaz y acuciosa de los textos fundamentales de la tradición intelectual, tanto mundial como latinoamericana y, en especial, peruana. Pero también la lectura y recepción productiva de los aportes más recientes e innovadores. Los humanistas hemos sido desde los inicios, y seguimos siendo ahora, ante todo buenos lectores. Y no solo lectores de libros o de textos escritos, sino de toda la variopinta riqueza de la producción simbólica que circula en la semiosfera, en particular lo audiovisual, tan gravitante en estos tiempos hipermodernos: somos, pues, lectores de textos culturales. En el Perú, y quizá en el mundo, el analfabetismo funcional viene avanzado a pasos agigantados, nosotros los de Letras somos los que podemos preservar y reafirmar para la sociedad esta herramienta clave: somos todos, entre otras cosas, los guardianes del fuego, especialistas en el manejo de lenguajes, en la comunicación, en las ciencias de la información, en la filosofía, en el arte, en la literatura y, por supuesto, en la lingüística. Una destreza fundamental que nos debe caracterizar es la verbal, desde la expresión oral y la capacidad comunicativa y expositiva, hasta la expresión escrita, con el necesario dominio de sus diversos registros textuales. Intuyo que un manejo mínimamente correcto del lenguaje va a ser una virtud cada vez más apreciada; imagino también que en un futuro muy próximo el oficio de corrector de pruebas o de estilo puede tornarse sumamente cotizado.

Además de brindarnos las herramientas clave del pensamiento crítico y la comunicación verbal y simbólica, las humanidades nos ayudan a cultivar otro pilar fundamental, la creatividad. Quizá lo primero que acude a nuestra mente es la creatividad verbal propia de la literatura, pero también la propia

del amplio campo del arte. La creatividad artística y literaria siempre ha sido parte fundamental de la formación humanística. Pero la creatividad no es un atributo privativo de los campos artísticos. La creatividad es una dimensión necesaria en toda actividad universitaria, y sin duda en toda actividad humana. La creatividad es probablemente lo que nos diferenciará siempre de las máquinas, aún las más sofisticadas y poderosas.

Las humanidades nos orientan también en la permanente búsqueda del bien común. No solamente afirmando y discutiendo los valores que lo configuran, sino también preparándonos para enfrentar los intrincados problemas de la convivencia social. En el caso peruano, los problemas que mellan la búsqueda del bien común y degradan la convivencia social son frecuentemente culturales. La cultura es sin duda el ámbito específico de las letras y las ciencias humanas. Ellas deben hacerse cargo del diálogo entre las distintas matrices culturales que coexisten conflictivamente en nuestra sociedad. Como lo subrayó mi recordado maestro Antonio Cornejo Polar, somos un país heterogéneo, plurilingüe y pluricultural. Lamentablemente, desde tiempos coloniales, una minoría a la que se suele designar como criolla, se ha visualizado a sí misma como epítome de lo nacional, y desde esa visión reduccionista marginó de esa comunidad imaginada que hoy llamamos Perú a los otros grupos y sujetos sociales. Se habla por eso de un Perú oligárquico basado en la exclusión de las mayorías no criollas. Se configuró así un esquema mental estructuralmente racista que, a pesar de los cambios sociales, en especial la reforma agraria de Velasco, que eliminó al gamonalismo de los terratenientes cuasifeudales, aún persiste, profundamente arraigado en el imaginario de vastos sectores sociales. Esta tenaz persistencia de esquemas racistas en las mentalidades e imaginarios peruanos a lo largo de tantos siglos puede parecer sorprendente, pero desde la perspectiva de la larga duración la ha explicado con gran acierto Aníbal Quijano, que por cierto estudió en esta Facultad, pues hasta hace menos de cuarenta años las ciencias

sociales estaban adscritas a la Facultad de Letras. Quijano explicó con claridad que el racismo es un rasgo fundacional de la herencia colonial peruana, pero también de la modernidad occidental, que se configura a partir de la llegada de los europeos a América. Habitualmente, se creía que el racismo era una mera excrecencia maligna de las superestructuras ideológicas de las sociedades modernas, y que por tanto su extirpación podía obtenerse mediante una labor intensa de cambio de mentalidades. Quijano captó en cambio que las estructuras racializadas formaban parte de la base fundamental misma de las sociedades modernas, organizadas, sobre todo en América, a partir de una división del trabajo en la que los sectores indígenas y afroperuanos eran precipitados al infierno de los subalternos, mientras que las élites blancas o blancoides se situaban en la cúspide dominante. Por ello, siglos después, el racismo sigue aflorando en el sentido común de tantos peruanos. El racismo estructural es sin embargo un fenómeno global, no solo peruano o latinoamericano. Por supuesto, se trata de racismos bastante diferentes. El racismo peruano es en sus orígenes un racismo de la minoría contra las mayorías, mientras el racismo estadounidense es un racismo de las mayorías contra las minorías. Y en las últimas décadas se está reproduciendo una lógica similar en las sociedades de Europa occidental: las vastas oleadas de migrantes del África negra o del mundo árabe son alineados compulsivamente en los estratos subalternos de esas sociedades primermundistas. El combate cultural global contra las perversas lógicas del racismo es una tarea prioritaria que deben asumir las ciencias humanas.

En el Perú, como se apuntó, la lógica de exclusión de las mayorías se impuso desde tiempos coloniales y subsistió en la República. La comunidad nacional imaginada después de la independencia se concebía como exclusivamente criolla. La primera voz disidente que cuestionó ese dogma fue, al final del siglo XIX, la de Manuel González Prada, quien, a contrapelo del discurso dominante, afirmó taxativamente: “No forman el verdadero

Perú las agrupaciones de criollos i extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico i los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminadas en la banda oriental de la cordillera”. Así comenzó un debate que iba a atravesar el siglo XX, y que en cierto modo llega a nuestros días. ¿Cuál es el “verdadero” Perú? ¿Es el Perú homogéneo que proyectaban, a su imagen y semejanza, los estamentos criollos y oligárquicos? ¿O el verdadero era ese “Perú profundo” indígena, andino, serrano? José Carlos Mariátegui proporcionó un marco más flexible para enfrentar ese dilema. Entendía al Perú como una nación en proceso de formación, para lo cual lanzó su conocida consigna “Peruanicemos al Perú”, que él interpretaba como superación del exclusivismo homogeneizador, mediante la incorporación de los otros componentes socioculturales de la herencia peruana, en una dinámica signada por lo heterogéneo. Años más tarde, José María Arguedas resumiría su concepción plural con la fórmula que plasmó en el título de una de sus más conocidas novelas, *Todas las sangres*. Una propuesta surgida desde la imaginación y la creatividad literarias, el Perú de todas las sangres, es cada vez más una fórmula de gran aceptación social, que preconiza el entrecruzamiento dialógico entre nuestras diversas matrices socioculturales: la apuesta por una unidad en la diversidad. Más allá de esa frase consagrada como lugar común, queda mucho trecho por recorrer para que esta noble aspiración se concrete en la práctica sutil de la vida cotidiana, tarea en la que las ciencias humanas, las ciencias de la cultura por antonomasia, deben ocupar la primera línea, en ese combate por un Perú que logre superar los hondos y mortales desencuentros de los que hablaba Carlos Iván Degregori. Muchos de nuestros más virulentos conflictos sociales suelen ser, en buena medida, enfrentamientos en pos de un reconocimiento simbólico, en contra de ese ninguneo, de esa exclusión atávica que lastra nuestro tejido social.

La cátedra más antigua de nuestra universidad y de nuestra Facultad, vigente hasta hoy, es la de lengua quechua, creada en

sus orígenes para preparar a los encargados de la tarea evangelizadora. La Iglesia Católica decidió emplear el quechua, al que consideraban la lengua general del Imperio de los Incas, para el adoctrinamiento de las poblaciones indígenas, y no el castellano. Esta lengua ya había cumplido el rol de *lingua franca*, de lengua de comunicación, en el Incario, una sociedad pluriétnica y plurilingüe. El quechua que, contra lo que se suele pensar, no era la lengua original de los Incas, ni la del Cuzco, resultaba una herramienta más eficaz para la tarea aculturadora que una lengua exógena como la española. Hoy por cierto la lógica que impulsa nuestros estudios del quechua y de otras lenguas originarias es muy distinta. El estudio de estas lenguas se inscribe hoy en una apuesta por la interculturalidad, y es esencial para la busca de un bien que sea común para todos los peruanos y peruanas, para los más diversos sectores de nuestra compleja sociedad. Lengua antigua que aquí incorporamos a la modernidad, mediante el uso, ya comentado, de una tecnología como la inteligencia artificial, o también con una primera tesis doctoral escrita y sustentada en quechua, lo que evidencia las potencialidades académicas de esta lengua, y seguramente, a futuro de muchas otras lenguas nativas del Perú.

José María Arguedas gustaba decir que somos una nación antigua. Nada más cierto. El área andina fue la cuna de una de las seis civilizaciones primigenias surgidas de manera autónoma en nuestro planeta: cuatro en el viejo mundo, Egipto, Mesopotamia, la India y China; y dos en el nuevo mundo, en Mesoamérica y en el área Andina. Las investigaciones más recientes sobre Caral indicarían que somos herederos de unos 5000 años de civilización, 4500 de ellos anteriores a la llegada de los europeos a nuestra geografía. La profundidad del legado cultural acumulado durante este larguísimo recorrido histórico es literalmente invaluable y constituye sin duda el más valioso capital del que disponemos como nación. A las humanidades les toca liderar la puesta en valor de ese gigantesco legado. A nivel internacional, los aportes intelectuales peruanos más

apreciados son justamente los relacionados con la revaloración e interpretación de esa rica herencia, que muchas veces, obnubilados por los fulgores de las modas intelectuales internacionales, nuestros espacios académicos descuidan y desdeñan. Poner el énfasis en el estudio de lo propio no implica por supuesto ponernos al margen de los flujos mundiales del conocimiento: debemos ser capaces de asimilarlos selectiva y creativamente, propiciando el diálogo fecundo entre lo global y lo local.

Un pueblo que no conoce su pasado está condenado a repetirlo, a reiterar los errores que han hecho del Perú el país de las promesas no realizadas y de las oportunidades perdidas. La vía del progreso estará siempre cerrada para los peruanos si no nos conocemos a nosotros mismos, a nuestra gente, a nuestro pasado. Las distintas disciplinas que se imparten en esta Facultad se abocan justamente al estudio de las diversas facetas de esta riqueza cultural. Gran parte de ella, al menos durante los últimos casi 500 años, ha sido procesada o producida en San Marcos, y sobre todo en nuestra Facultad. Las figuras históricas que honran a esta casa de estudios proceden en su gran mayoría de las aulas de esta Facultad de Letras, como el único premio Nobel que ostenta nuestro país, Mario Vargas Llosa, surgido de las canteras de nuestra carrera de Literatura. Los nombres ilustres son innumerables y mencionar a algunos podría constituir una irremediable injusticia. Estas figuras ilustres y sobre todo su obra configuran lo que cabe denominar el capital simbólico de San Marcos, y en particular de su Facultad de Letras. Se trata de una ingente riqueza intelectual no monetaria, aunque adecuadamente puesta en valor puede producir incluso importantes rendimientos económicos. Eminentes comunicadores y bibliotecarios. Destacados estudiosos de las artes plásticas, de la danza y expertos en la conservación y restauración. Estudiosos de la literatura, las lenguas, el pensamiento y la filosofía.

A modo de ejemplo, y porque es mi campo de estudio, el que mejor conozco, me atrevo a hablar brevemente del ámbito de

la literatura. Los grandes enfoques sobre la literatura peruana han surgido desde nuestras aulas. Podríamos comenzar con José de la Riva Agüero, que en 1905 trazó el primer panorama histórico de nuestra literatura; se suele recordar que en sus años finales Riva Agüero se vinculó a la Universidad Católica, pero se suele olvidar que se formó en esta Facultad y aquí ejerció la docencia en toda su primera etapa, sin duda la más fecunda. Años después destaca la figura de Luis Alberto Sánchez, el primero en trazar un cuadro del proceso completo de la literatura peruana, incluyendo la de lengua quechua, y que fuera varias veces rector de nuestra casa de estudios. Otros nombres importantes son los de Augusto Tamayo Vargas, que continuó esa labor historiográfica, o Estuardo Núñez, que introdujo los estudios modernos de teoría literaria y de literatura comparada. Alberto Escobar fue una figura gravitante, no solo en los estudios literarios, sino también en los lingüísticos; introdujo y desarrolló métodos de análisis e interpretación textual. Quizá la figura esencial, que sigue teniendo una gravitación decisiva en los estudios literarios actuales, es la de mi recordado maestro Antonio Cornejo Polar, también en su momento rector de esta casa de estudios. Además de incorporar en su enfoque las herramientas de la teoría y la interpretación, supo trascender el mero textualismo y establecer un diálogo entre lo literario y las grandes problemáticas socioculturales. Asumió una perspectiva de cuño latinoamericanista, que plasmó en particular en la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, que él dirigiera durante 22 años, y que hoy, 25 años después de su muerte, sigue siendo una de las más importantes en ese campo y un referente insoslayable de la latinoamericanística. Su concepción de la heterogeneidad sociocultural del Perú y de su literatura, y la articulación de esa rica diversidad en una totalidad compleja, que él calificara como contradictoria, es una herramienta heurística de gran potencialidad. Esa perspectiva permitió entender que la literatura peruana no está conformada por un único sistema, el de la literatura escrita en lengua

castellana o española, sino también por otros sistemas, ligados a la oralidad y a las lenguas nativas. En la trocha teórica abierta por Cornejo, hoy en nuestra Escuela de Literatura cobra una importancia cada vez mayor el estudio de las literaturas orales, llamadas hoy también oraturas u oralituras, así como la producción oral y escrita de arte verbal en quechua y, todavía de manera inicial, en aimara y en las lenguas amazónicas; en estas últimas están surgiendo desde nuestras aulas los primeros autores y autoras de literatura escrita en algunos de los idiomas de nuestra Amazonía. Podría enumerar los nombres de muchas más figuras relevantes de los estudios literarios, disciplina que recibe también las denominaciones de ciencia de la literatura o literaturología. Recordaré al menos los nombres del recientemente fallecido Tomás Escajadillo o de Raúl Bueno, y debería mencionar a muchos más, pero prefiero limitarme a los ya apuntados, para no ser injusto con tantos otros. No solo estudiosos e investigadores de la literatura se han formado en nuestras aulas y/o han impartido aquí su magisterio. También muchos de los grandes creadores, de los grandes escritores de nuestra literatura, han pasado por nuestras aulas. Ya se ha mencionado a nuestro premio Nobel Mario Vargas Llosa, y también a José María Arguedas. La lista sería casi interminable, pero me limitaré a recordar nombres fundamentales. Abraham Valdelomar y César Vallejo tuvieron un paso, aunque breve, por esta Facultad. Grandes poetas se formaron aquí, y varios de ellos ejercieron también la docencia en estas aulas: José Santos Chocano, Martín Adán, Emilio Adolfo Westphalen, Blanca Varela, Wáshington Delgado, Carlos Germán Belli, Pablo Guevara, Antonio Cisneros o Marco Martos son algunos de los insoslayables. En cuanto a los narradores, cómo no recordar también a Ventura García Calderón, Carlos Eduardo Zavaleta, Alfredo Bryce, José Antonio Bravo, Antonio Gálvez Ronceros o Pilar Dughi. Las demás disciplinas que se cultivan en esta Facultad podrían también presentar elencos igualmente nutridos, conformados por figuras decisivas en la vida intelectual peruana.

Todos ellos, y sobre todo sus obras, siempre vigentes, son lo que denomino el capital simbólico de Letras, y asimismo la evidencia de que, en las humanidades, como en muchas otras disciplinas, late aquí el corazón intelectual del Perú.

Espero haber evidenciado que las humanidades, que algunos pueden considerar un mero lujo ornamental del intelecto, son por el contrario esenciales para el logro del bien común y para labrar nuestro futuro colectivo. Por eso se ha hablado con razón de la utilidad de lo inútil, diría de lo aparentemente inútil. He querido trazar también un somero cuadro de la enorme riqueza que encierra esta Facultad. Me he propuesto destacar las contribuciones que ella ha hecho y que debe seguir haciendo en beneficio del país. De nosotros, y de nadie más, dependerá que su futuro siga estando a la altura de su pasado.